

TRES VISITAS A LA CUARTA EXPOSICION DE ARTES PLASTICAS

PRIMERA VISITA

Hace un año la tercera exposición de Artes Plásticas floreció promesas: Prometía Teodoro Quiros cuya versatilidad casi pasmaba; prometía Manuel de la Cruz González con el don de los oros solares que había descubierta en rincones del Guanaeste; prometía Gonzalo Morales, pintor de ingenuas chiecas descalzas, soñador de luces apalinas, empeñado, al parecer, en crear el mismo otro luz que la del sol empeño digno de un dios; prometía F. Zúñiga, esplendoroso con esplendores sorolascos que eran casi realización; y hubimos quienes celebramos esas promesas, llenos de entusiasmo sincero. Con igual sinceridad debemos decir hoy que la cuarta exposición, en cuanto a pintura se refiere, crea dudas dolorosas. Los pintores han tomado poco a conciencia su arte. Muy a pecho, quizás, pero poco a conciencia. Apenas hay un cuadro que no sea literatura. Ya dijimos cual. Y mientras hace un año era fácil separar lo rancamente horrible de lo prunerador de belleza, hoy lo horrible se ha diluido en todo el ambiente y la disociación es punto de menos que imposible.

No se trata de equivocada técnica, de dibujo inseguro, de envidia de colorido que no haya resultado por inexperiencia del artista. Estas cosas, claro, abundan, pero son fáciles de perdonar, porque tienen remedio. No: De lo que se trata es de algo grave: De la falta de contenido artístico en tela tras tela; variedad espantosa; y hasta mal

gusto sin justificación imaginable.

Tomemos, por ejemplo, el cuadro número 124, DECORACION PARA UN MURO. Ocupa lo mejor del salón, y es como discurso que llenara una hora de velada para decirnos bonitas ramplonas. Quiro ha tenido pereza para pensar. ¡O incapacidad? Facilidad nada común para evocar la escena campestre: La carretica, los buyecillos, las muchachas y los mozos, la recogida del café, el descanso, y ¡claro! la joven madre que le da de mamar al rezro bajo un árbol — todo como lo haría, en cualquiera improvisación verbal, Licho Dobles Segreda. Pero, así como en la improvisación de Licho sabrían las palabras y faltarían el pensamiento auténtico y la valía literaria, por sanos que fueran los períodos, así ni más ni menos, resultan los primeros de la larga tela de Quiro. A Quiro, como a Licho es preciso decirle que su peor enemigo es la facilidad para improvisar. Como sin esfuerzo pueden pintar, o decir, cosas agradables para el vulgo, desquidan el austero culto de la belleza verdadera. Apenas una de las telas de las que el pintor entusiasta exhibe ahora, conserva intacta la promesa que hace un año se advertía en él: El PAISAJE, cuadro número 139.

Zúñiga ha apostado del sol, y he aquí que con el sol se le ha ido el aire: En el cuadro número 116 — PAISAJE: EL HIGUERON — uno se asfixia. En el 115 — BODEGON — hallamos la clave de su pecado. Zúñiga, queriendo, quizás, huir de repetir en

Costa Rica la luminosidad valenciana que tantos aplausos le ganó, — honradamente avergonzado de que se le aplaudiera por eso, — y ávido de halfarse a sí mismo y decir su decir propio que no repetir lo de Sorolla, se ha encontrado mudo, como si dijésemos, y se ha puesto a hacer esas cosas sin tono, sin vez, "sin música", que son los POSTERS vanquis. En el cuadro número 117 — LA MACETA — las "lenguas de diablo" parecieran cantar. Se mueven de la maceta en lírica ondulación los gráciles tallos y prorrumpen en roja sonoridad de pitos baquicos; pero seguimos con el ojo la curva de sus líneas y no completamos la vuelta, porque la mesa — a lo que sea el chunche sobre que descansa la maceta, — es una plaza sin valor, un manchón, que lo estropea todo.

El mismo afán "posteril" echa a perder tela tras tela de Manuel de la Cruz, en los cuadros números 87, 88 — RETRATOS DE E. S. y DE C. R. y sobre todo el 90, — LA DE LA MAN TILLA, — que es como para anunciar, en imitación zuloagueña, de abarcan yanqui. En sus desnudos la horribilidad llega al colmo. He aquí un muchacho en quien el buen gusto parece haberse definitivamente pervertido. Esos desnudos — y no por ser desnudos, ¡oh Afrodita eterna! — sino por mal dibujados y pintados, por mal concebidos y peor ejecutados, afean la cuarta exposición tanto como hace un año los oros guanacastecos de esa misma paleta le prestaba a la tercera belleza nada escasa. Y no son bastante para barrer ese horror ni el noble viento que sopla doblando árboles sin tronchados en el PAISAJE EN SAN IGNACIO (cuadro número 30) ni el sol verídico que alumbra y dora el PAISAJE EN ESCASU, el PAISAJE EN SAN ANTONIO DE LOS DESAMPARADOS y el TRAPICHE (cuadros números 22, 23 y 24).

Un desnudo, más feo, si se quiere, que los dos de Manuel de la Cruz — ¿será posible? — desilusiona en Morales (ESTRELLA, — cuadro número 31). En CARMEN (cuadro número 29) está el Morales del año pasado, de manera que es posible establecer una comparación directa con el de este año. Ha progresado, pero a costa de abandonar lo que nos parecía su admirable propósito. Olvidemos el — desnudo carente de toda gracia, con su brazo izquierdo como enfermo de parálisis infantil y su pierna derecha abominablemente

te pintada. Fijémonos sólo en los retratos de YOLANDA (cuadros números 30 y 54) y lamentemos una cosa y celebremos dos: Lamentemos que haya abandonado el afán de crear la luz, y celebremos que dibuje mejor de lo que era de esperarse en tan corto tiempo. — ¡el arte es largo! — y a criatura tan linda. Advirtamos también que la única nota clásica en toda la exposición la da él: En el cuadro 34, donde algo se advierte — bueno si adrede; ¡mejor si inopinado! — de cepa a la vez rafaelica y giorgionesca.

El cuadro excepcional, el que es toda una realización artística, es el número 103 — PAISAJE EN CARTAGO, — de Dairene Vanston. ¡Eso es pintar! No hay centímetro cuadrado en toda la tela que no revele esmero pictórico. Casi peca de demasia de intelectual — ¡o es que los pintores pueden hacer arte sin pensar? — Como los ETUDES de Chopin, en que la maestría y el contenido mental casi abruman; no del mismo estilo pero sí con el mismo empeño de dominio perfecto de la perspectiva que fatiga la mente en Uccello; más cerca aún de la honda preocupación cerebral de Cézanne, así esta tela de Dairene, novedosa en su geometría y armoniosa como toda geometría bien fundada, bella en la osada armonización de verdes, y azules y rosados y grises y celestes y blancos y rojos de sangre. El ojo se pasea allí sin hallar punto sin significación, y se recrea la mente como cuando se lee poema en el que no hay ni un solo ríspido. Nada es aquí improvisado, nada hay que no haya sido evidentemente pensado y vuelto a pensar y pensando una vez más: Dos cordilleras de montañas, un camino, una corriente de agua, un edificio austero, una yunta de bueyes de cuernos claros que forman y duplican el corazón del cuadro, una carreta que halan, unas casas con ventanitas, y un árbol sin ramaje uno de cuyos alzados muñones ha comenzado a retoñar. ¡Ah, y el cielo! son cosas bien comunes. Pero la escena toda está encendida: Las montañas son nuestras; el cielo es ese cielo que en Cartago se pone tan espeso y se mueve con tan biliosa alegría; por el borde del camino viene cantando el agua y espumándose; las casas son sencillas y buenas y sólidas y medianas y tienen tristeza de estar lúmpas, vestiditas de color, y vacías, como niñas de provincia para quienes — ¡y tanta tarde que lo esperan! — no llega el amor. ¡Entendéis por qué los bues parecen venir en trote de danza? El corazón, que no el esfuerzo, les ha puesto resaltadas las costillas; el corazón les guía las delicadas patas. ¡Habéis visto mozaletes que no pueden cazar, — que tienen que halar carreta, — pero que son, para eso de fiestas, como si ya le tuviesen puesta la onza a la novia? La gente habla y habla, lo mismo frente a un cuadro que en un concierto, y se hace difícil pensar. La cuarta exposición ha atraído a mucha gente. Frente al cuadro de Dairene hay quien ríe. Vos de mujer dice de él que "parece pesadilla". Y tiene razón. Hay amargura en este cuadro. ¡Es mentalmente vivido! Es un sueño claro y pesado. ¿Que otra cosa es el arte? ¿Y qué otra tela hay en el FOYER "FOMPIER" del Teatro Nacional de la que se pueda decir "parece un sueño" grato o ingrato?

Del jurado calificador conozco sólo a dos miembros, al licenciado don Alejandro Alvarado Quiros y a Quiro su sobrino. Quiro quién sabe cómo votará. Don Alejandro tal vez no quiere otorgarle el primer premio a Dairene Vanston. ¡Hace cuántos años que estuvo en el FARIS? Es más fácil olvidar el arte que el álgebra. Y cuando no se ha estudiado ni una ni otra cosa, ¿no habrá peligro de equivocarse, y confundir, digamos, las altas matemáticas con la contabilidad de los grandes bancos — lo de Einstein, por ejemplo, con lo de Mr. Mellon — y la pintura verdadera con la retórica pictórica? Pero don Alejandro suele darnos grandes sorpresas: Suele, con toda la suavidad de su manera, demostrar una casi revolucionaria tendencia que lo hace ser uno de los tres más sensitivos y justos apreciadores de lo bello a quienes he conocido en Costa Rica; y de repente don Alejandro se da cuenta de que si Elie Faure y Roger Fry y Picasso y Chirico y Diego Rivera y Yela Gunther fuesen este jurado, su voto unánime sería para el cuadro de Dairene. El hecho de que a Dairene apenas se le mencionó, — si sólo mención obtiene, — nos indicará cuán lejos estamos, en Costa Rica, de Yela Gunther, Diego Rivera, Chirico, Picasso, Fry y Faure. Y es lástima.

Me queda sólo una palabra que decir. Después del cuadro de Dairene lo que más atrae, a mi juicio, en la cuarta exposición, es lo que exhibe Irma Ferral: Tres óleos llenos de vivacidad extraordinaria, elocuentísimos en lo que prometen, desbordadores de inquietud, ricos en preciosas sugerencias de composición y de colorido.

Hay voces que se quejan del demasado elogio que se hace de nuestros pintores. Posiblemente esas mismas voces fatigadas de "bombo", se quejen también — y si no ellas, otras voces — de que yo suene los timbales al revés. Olámoda...

La
TRIBUNA
19 oct.